

Ovejas

Padre Pedro José Ynaraja

La prehistoria sitúa la domesticación del ganado ovino en el VII milenio a.C. El pueblo hebreo, desde sus orígenes es pastoril. El patriarca Abraham, su más ilustre ancestro, es un beduino que integrado en su familia y con nutrido rebaño, se mueve por tierras que hoy llamamos de Irak. Emigran a poniente en busca de mejores pastos y él entonces se independiza, con su sobrino Lot, y marchan hacia el sur. No hay que imaginar que se muevan diariamente. Se establece el clan familiar con sus siervos, planta sus tiendas, que uno deberá imaginar cual las de camping, hechas de pieles externamente, forradas interiormente de tejidos más o menos finos, de acuerdo con la categoría y finalidad que piense dar a la estancia y deja que se extiendan por los alrededores las reses. Esta labor la dirigirán principalmente zagales varones, dispuestos a proteger a los animales de depredadores y ladrones. Entre tanto el jeque dirige el trabajo diario de degüello, secado de la carne o la simple conservación de la leche, llámesele requesón o cuajada. La piel se deshidratará al sol y en algunos casos se embadurnará con la pez que habrá conseguido de las grietas de pizarras bituminosas o de algunos pozos. Antes de aposentarse, la primera preocupación será asegurar el suministro de agua. Si no hay un oasis, deberá excavar amplios pozos. Según dicen los arqueólogos, algunos de los que se conservan en Beer-Sheva, los excavó Abraham.

Pese a que de alguna manera el agricultor o fellah es su rival, no puede nunca ignorarle. Intercambiará pieles por utensilios de cerámica, cuernos, sophar, si es grande (que no es instrumento musical, sino ceremonial) o si pequeño, simple recipiente para llevar consigo el aceite de múltiples usos, también obtendrá cereales. De los burdos tejidos de pelambre recia, trueque de finas telas o herramientas metálicas y armas defensivas y ofensivas, etc, etc.

La mujer, se iniciará desde niña en la colaboración familiar, acarreado agua en ánforas, desde el manantial no siempre próximo. Molerá el grano, amasará la harina y la cocerá. De cuando en cuando, lavará ropa, blanqueándola, si es preciso, con ceniza, la pondrá a secar o la remendará. Podrá, si es suficientemente espabilada, ser zagala, oficio que la enorgullecerá y permitirá relacionarse con personas de otros clanes y sentirá tras de sí, con tímida satisfacción, las miradas de los pastores, con los que podrá dialogar. Algo así le paso a Séfora, la mujer de Moisés. Su porvenir ya está marcado desde antiguo: será esposa y madre. Las más afortunadas se enriquecerán de amor, más o menos furtivo y limpio, como la amada del Cantar.

Con esta idiosincrasia genérica y este género de vida, no es extraño que en nuestro Poema aparezca la novia revestida de una imagen de fantástica belleza pastoril. Se la menciona, sigilosamente, en tres ocasiones

En 1,8: "Si no lo sabes, ioh la más bella de las mujeres!, sigue las huellas de las ovejas y lleva a pacer tus cabritas junto al jacal de los pastores". Se invita a la "mosquita muerta" a un encuentro discreto y jocosos.

En 4,2: "Tus dientes, un rebaño de ovejas de esquila que salen de bañarse: todas tienen mellizas y entre ellas no hay estéril". En 6,6: "Tus dientes, un rebaño de ovejas que salen de bañarse. Todas tienen mellizas y entre ellas no hay estéril". La vida y alimentación en el desierto ensucia la dentadura, pero se elogia la limpieza de esta preciosa criatura.

El Cantar de los Cantares hay que leerlo desde la sensibilidad estética, el aprecio de la belleza corporal y la calidad de la búsqueda y cultivo apasionado del amor. Humano que lo es, pero también rampa o peldaño seguro, e imagen simbólica, que podrá elevar a la más sublime Caridad. Pero de esto último no se sabía hablar por aquel entonces. Debía llegar el Mesías, debía dar con su Pasión y muerte, el testimonio de lo que es cariño divino, de la ternura que se da entre el Cristo y la Amada Esposa Iglesia. De aquí que podamos leer el libro, pese a su lenguaje erótico, como sublime encuentro místico.